

Actual

DE LIBROS

Encajar y aguantar: una vida

La ex campeona del mundo de boxeo Aya Cissoko escribe con Marie Desplechin sus memorias, el relato de una lucha sin tregua contra las desgracias familiares y la fatalidad



EL LIBRO DE
LA SEMANA

DANBÉ. MI LUCHA POR LA DIGNIDAD

Aya Cissoko y Marie Desplechin. Trad. Andrés Arenas y Enrique Girón. Editorial Ultramarina/Almed. Granada, 2012. 116 páginas. 18 euros

Francisco Camero

"Mi vida entera ha sido una lucha constante", confiesa Aya Cissoko, campeona del mundo de boxeo amateur y por encima de todo superviviente embriagada de nobleza; "todo para llegar -continúa- a donde estoy ahora, es decir, a ninguna parte". Y no es, como podría parecer, una constatación nacida de la amargura, sino de la certeza de la pequeñez, la fragilidad y el absurdo que conlleva en última instancia toda existencia, y también de la permanente conciencia del dolor y de la fortaleza para superarlo que tuvo esta mujer inteligente y sensible -según se desprende de la lectura de este libro galardonado en Francia con el Premio Madame Figaro- que rompió por una vez su al parecer férreo hermetismo emocional para compartir con la escritora Marie Desplechin uno de esos relatos catárticos que hacen sentir que ni siquiera el sufrimiento más profundo supera en poder y grandeza a la vida.

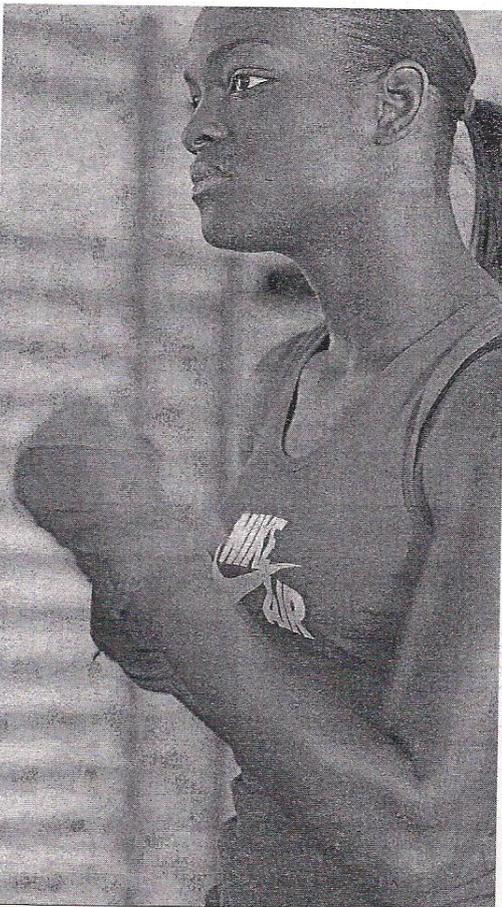


La "pequeña epopeya familiar" de Aya Cissoko comienza antes incluso de su propio nacimiento, con su padre emigrando en los años 70 desde Mali a los suburbios de París. En ese ambiente nació una década más tarde esta mujer valiente y fuerte, que tiene ahora, aunque parece a veces improbable por la acumulación de desgracias y por el excepcional estoicismo con el que

es capaz de contemplarlas, tan sólo 34 años. "Nunca me acostumbraré, por muchos años que pasen, a la decepción de la victoria", dice Cissoko en un pasaje del libro, recordando sus primeras victorias sobre el ring cuando no había cumplido aún ni 10 años, los primeros indicios de que en el boxeo había encontrado su lugar en el mundo, en ese ámbito que parece reservado a la virilidad, aparentemente rudo pero vivido por ella como "una aventura íntima", nunca como "una forma de buscarse la vida", sino como la demostración, "incluso en el dolor", de estar viva.

"Nunca llegué a estar satisfecha", continúa Cissoko, hablando de su paso por los cuadriláteros, en el que acumuló títulos nacionales (de Francia), europeos y mundiales en dos categorías, boxeo francés e inglés, hasta su forzosa retirada, precisamente -desgraciadamente- justo después de ganar su última pelea, en 2006. "Acudo siempre a los combates sin odio y sin rabia. Jamás he tenido un deseo especial de dominar a mi adversario, y, aún menos, de humillarlo o destruirlo (...) No se trata de magnanimidad. Esas victorias me dejan un poco indiferente. La victoria a la que aspiro es una interior, y en la que yo haya dado lo mejor de mí misma. Compensa los sacrificios, los esfuerzos, los dolores".

Habla así no la enésima persona seducida por la literatura pugilística, siempre propicia para la épica, para la metáfora existencial definitiva, sino una cuya autoexigencia, cuyo conocimiento de las cosas que son importantes y las que no, cuya imperturbable serenidad, al menos en estas breves memorias, la aprendió a golpes, uno tras otro. Tenía 8 años cuando perdió a su padre y a uno de sus hermanos, fallecidos a consecuencia de las quemaduras que sufrieron en un incendio en su paupérrimo bloque de viviendas de la *banlieu*, los miserables dominios -"la cárcel mental",



La ex boxeadora y escritora Aya Cissoko (París, 1978).

dice Cissoko- de los desheredados del Primer Mundo. El incendio, se supo pronto, fue provocado, no llegó nunca a esclarecerse si por especuladores inmobiliarios, por algún grupúsculo racista o por algún perturbado nihilista. Menos de un año

después, una meningitis acabó también con la vida de otro de sus hermanos. Con todo eso tuvo que lidiar mientras su madre padecía un agravamiento de una enfermedad renal que la mandaba al hospital periódicamente durante largas

temporadas y sus relaciones con el único hermano vivo se torcieron debido al estado de furia y callado resentimiento de una chiquilla entre la niñez y la adolescencia, tentada además no pocas veces por los ataques fáciles -y por supuesto fatales- de la subsistencia en los márgenes de la sociedad.

"Cuando entreno, sobre todo, dejo de pensar. Me dejo la piel por mis familiares ausentes. No escucho nada más que a mi cuerpo, la tensión de mis músculos. Me entreno para controlar el dolor, para traspasar el umbral del dolor. Me gusta el dolor, lo he elegido yo misma", dice más adelante, expresándose en un presente que ya no es más que un recurso de estilo, porque hace tiempo, desde ese último combate en 2006 que le dio su último campeonato mundial, que no puede entregarse a la pasión que durante prácticamente toda su vida hasta ahora le dio sentido a las cosas. En él sufrió una fractura en una vértebra cervical que la dejó al borde de la hemiplejía o la tetraplejía. Se recuperó, pero una negligencia durante la operación -de la que se desentendieron los médicos de la federación francesa de boxeo- le provocó secuelas neurológicas que le impidieron definitivamente enfundarse los guantes.

CONTENCIÓN

A pesar de la cascada de infortunios, el libro avanza con sobriedad y pudor, sorteando el patetismo

Fue, hasta la fecha y que se sepa, el último gran revés que encajó esta mujer que en estas páginas parece hecha para aguantarlos sin quejarse en voz alta. Todo esto es lo que cuenta el libro de Cissoko y Desplechin, pero sin patetismo, con un estilo sobrio y siempre contenido emocionalmente, como si a la primera le diera pudor estar contándolo después de tantos años guardándose para sí. Y es como si la dura y digna boxeadora, que ahora estudia Ciencias Políticas en el Institut d'Études Politiques de París, a pesar de sus reticencias, hubiera aceptado hacerlo para recordar que no se puede vivir sin hacer las paces con el pasado y con el mundo, pero sobre todo con uno mismo.

DIARIO DE KENIA (1902-1906)

Richard Meinertzhagen. Ediciones del viento. La Coruña, 2012. 406 páginas. 23 euros.

Manuel Gregorio González

Tres buenos libros sobre el sures africano: *Al norte del sur*, de Shiva Naipul, *Colinas que arden*, *lagos de fuego*, de Javier Reverte, y este *Diario de Kenia* de Richard Meinertzhagen. Los dos primeros, dedicados al África poscolonial; el tercero, a la parcelación del globo previa a la Gran Guerra. Javier Reverte, prologuista de *Diario de Kenia*, define a Mei-

La selva parcelada

nertzhagen como "un oficial británico tan cruel como inteligente"; Elspeth Huxley, en sus palabras liminares, lo titula escuetamente de asesino. Antes que ellos, T. E. Lawrence recordaba el "cerebro salvaje" y el poderoso físico de Meinertzhagen; lo cual, dicho por Lawrence de Arabia, tan parecido a él en muchos aspectos, nos hace temer que Meinertzhagen fuera un caballero brillante y meticuloso, con dotes de

estratega, poseído por una desmesurada sed de sangre.

Lawrence, tan admirado por Graves y Malraux, era objeto de burla de Rosita Forbes por su infantil secretismo. No parece que nadie quisiera reirse de Meinertzhagen; su testimonio lineal, preciso, a

veces tedioso, nos dan fe de una cegadora propensión al rifle. Son innumerables los animales abatidos durante su estancia en Kenia; y no son pocos los súbditos locales del Imperio que sucumbieron a la puntería de Meinertzhagen. Aún así, su expeditiva resolución de conflictos con las tribus colindantes no parece responder a una crueldad ingénita, sino a una calculada cuestión disciplinaria y estratégica. Esto explica que Mei-

nertzhagen sea partidario (como Roosvelt), de la creación de parques naturales en el África, así como contrario a la importación de colonos. Extrañamente, Meinertzhagen defiende la propiedad africana de aquellas tierras; y prevé los futuros conflictos con la colonia blanca. Digamos que *Diario de Kenia* es el testimonio de un militar y aventurero, trufado de naturalista: una vez asegurado el orden de la Corona, una vez roturada la selva, su lugar está en otra frontera, en otro limes donde aún sean posibles el estrépito, el asombro y el caos.

